

de interés, dirigido por un prestigioso profesor.

L. F. Mateo-Seco

Martín GELABERT, *Vivir como Cristo. Antropología teológica*, Ediciones San Pío X, 220 pp., 17 x 24

Dentro de la colección «Textos: Sección Teología» del Instituto Superior de Ciencias Catequéticas y Religiosas «S. Pío X», aparece este manual, diseñado como texto base de estudio. Como su mismo título indica, la obra arranca de una consideración del hombre en cuanto llamado-en-Cristo, y desemboca en una ética, que puede definirse como vivir-como-Cristo. Intenta así el autor unificar, cristológicamente, tanto la consideración esencial como moral del ser humano.

El libro considera al hombre en sus tres «momentos» —como imagen de Dios creada; deformada; recuperada—, aunque el autor insiste en que estos tres aspectos coexisten dentro de la historia de cada individuo. Vamos a comentar los capítulos del libro, deteniéndonos en los aspectos de mayor interés.

El primer capítulo presenta al hombre «creacionalmente», apoyándose en el dato revelado de que el hombre es imagen de Dios y tiene, por tanto, en su misma raíz, una referencia a Dios. Por esta razón, es Cristo, imagen perfecta de Dios, quien ha de servir como punto de anclaje último para cualquier reflexión teológica acerca del hombre.

En la parte sobre la creación en general, el autor incorpora las aportaciones de exégetas y teólogos en las últimas décadas, como son: la centralidad cristológica y trinitaria del dogma de la creación; la inseparabilidad de creación y salvación dentro del único designio divino; la definición icónica del hom-

bre, que abarca tanto su espiritualidad como su corporeidad.

En la sección acerca de la caída del hombre, el autor —siguiendo a J. Ruiz de la Peña y L. F. Ladaria— sostiene que es preciso alejarse de una presentación demasiado perfecta del estado de los primeros hombres: la elevación o primera gracia consistió fundamentalmente en la «llamada» a la amistad divina, que el hombre rechazó. También sugiere que el pecado denominado «hereditario» consiste, por una parte, en la inserción fáctica en una historia de alienación de Dios, que el individuo ratifica y hace suyo con sus pecados personales; y por otra parte —desde el punto de vista de la solidaridad— el pecado «heredado» tiene analogía con el carácter «mediado» de la personalidad humana, que es determinada profundamente y con anterioridad por el ambiente y la historia.

Estos puntos tienen el mérito de incorporar un elemento clave del misterio del pecado original, a saber, la dimensión comunitaria e histórica del hombre. Efectivamente, el ser humano vive en una misteriosa solidaridad con el resto de la humanidad, pasada, presente, y futura. La terminología tradicional en torno al pecado original «originado» suele insistir también en una privación ontológica en cada humano, niño o adulto, que hace necesaria la administración del bautismo: parece conveniente, pues, no olvidar la realidad de una «muerte espiritual» en el fondo de cada hombre que entra en la existencia, ligada a la descendencia de los primeros hombres.

En cuanto a la advertencia de Gelabert de reducir los elementos que clásicamente integraban el cuadro del hombre elevado, se pueden hacer tres observaciones: (1) En efecto, es válido distanciarse de una interpretación «literalista» del relato paradisiaco; (2) La in-

sistencia en la superioridad del estado escatológico sobre el estado creacional del hombre sirve para recordar el elemento teleológico de la constitución humana, su vocación a la comunión con la Trinidad: la plenitud de nuestra mirada al hombre viene, no con una luz protológica, sino escatológica. (3) No parece, sin embargo, tan convincente el intento de reducir la noción de «primera gracia» primordialmente a la «dimensión vocacional» del hombre, dejando en un segundo plano la posesión histórica de la santidad y justicia por los primeros humanos. Según Trento, nuestros primeros padres fueron «constituidos» en santidad y justicia, y después de la caída «perdieron» las dádivas divinas. Hay una corriente que atraviesa la tradición y teología católicas, la de la *sanación* y *re-conducción* de la humanidad, que apunta fuertemente a la «pérdida» real de algo, que cuando es recuperado permite reemprender la trayectoria escatológica.

En la parte sobre la gracia el autor examina la imitación de Dios, la filiación divina (participación finita en la filiación de Cristo), y la nueva creación en el Espíritu: una manera acertada de enfocar el tema, insistiendo en las relaciones respectivas de las tres Personas divinas con el ser humano.

La última parte habla de la vida de un ser (el hombre agraciado), transformado porque Dios mismo se ha imbricado íntimamente en las honduras de su ser y actuar. El interés de este capítulo estriba en el hecho de que viene como culminación del cuadro del ser humano: la ética entendida como prolongación de la conformación del hombre con Cristo.

En resumen: tenemos una obra que intenta meritoriamente ofrecer un compendio moderno de la doctrina cristiana sobre el hombre; que en bastantes momentos aporta ideas sugerentes, y que

en algunas cuestiones ofrece materia de discusión a la reflexión teológica.

J. Alviar

Juan DE SAHAGÚN LUCAS, *El hombre, ¿quién es?*, Sociedad de Educación Ateñas, 1995. 243 pp., 13,5 x 21.

Como indica el título de su obra, Juan de Sahagún Lucas —profesor de Metafísica y Filosofía de la Religión en la Facultad de Teología de Burgos— ofrece una moderna y sistemática, si bien escueta, reflexión sobre el hombre. Detrás de este trabajo late la convicción de que el hombre es un ser cuya existencia está cargada de sentido, y que es tarea vital desvelar, aunque sea parcialmente, su misterio.

El libro puede dividirse aproximadamente en dos partes: una de prolegómenos, que intenta situar al lector en el conjunto de la reflexión antigua y moderna sobre el hombre; y otra —la parte principal del libro— donde el autor formula su propias consideraciones sobre la persona humana.

Sahagún, aun haciéndolo de forma resumida, ofrece un diagnóstico útil del contexto moderno dentro del cual ha de plantearse la reflexión sobre el hombre. Enumera cuatro notas del ambiente vital actual: inmediatez, democracia, pluralismo, crisis. Es necesario tener en cuenta estos factores, para poder apreciar los intentos modernos de definición.

El autor pasa revista de forma selectiva a las respuestas que se han dado a lo largo de la historia acerca del misterio humano: la filosofía griega; la cosmovisión medieval (informada por el cristianismo); inmanentismo y subjetivismo; existencialismo; marxismo; freudianismo; estructuralismo; personalismo. Para exponer y valorar tantas y